

Robert y Mary llegaron por fin hasta un quinto piso de un edificio antiguo sin ascensor. Delante de ellos les guiaba hasta la puerta un hombre trajeado con unos papeles en mano y unas llaves a punto de entrar en la cerradura. Tras recuperar la respiración entraron juntos al piso. Se trataba de una vivienda desocupada, austera y sin paredes interiores; solo columnas y muchas ventanas sin cortinas por donde se podía ver los edificios que le rodeaban. Con un giro de cabeza podían cerciorarse de que se encontraban en un espacio interior sin ventilar desde hace tiempo, razón por la cual el hombre abrió un par de ventanas para que entrara el aire. No había ningún obstáculo, el suelo de madera estaba muy gastado por el uso y las paredes sedientas de pintura; incluso se apreciaban algún que otro resto de humedad en las esquinas.

—El piso es antiguo, pero tiene posibilidades.

—Sí, pero hay que reformarlo entero y eso incrementaría el coste de la vivienda — contestó Mary al hombre.

—Tened en cuenta que el piso es barato y está dentro del presupuesto que pensabais.

—Todo depende de cuánto nos gastemos en la reforma. Tenemos que contar también con los muebles, instalación de gas y electricidad y resto de reformas.

Mientras Mary y el agente inmobiliario discutían, Robert se apartó hacia una ventana bañada por el sol. El calor le aflojó el cuerpo después del intenso frío en la calle nevada de Nueva York. Robert cerró los ojos y respiró tranquilamente mientras oía como ruido de fondo la conversación, ajeno al sentido de las frases. Cuando así lo sintió abrió de nuevo los ojos y algo llamó la atención en el edificio de enfrente. Una pareja discutía acaloradamente y en la ventana de al lado una niña que los observaba sin que ellos se dieran cuenta. El tono de voz subía por momentos de forma incontrolada. La niña abrazó la muñeca y bajó la cabeza. No volvió a mirar a sus padres. Robert contempló la escena, y trató de escuchar:

—¿Quién era esa mujer?

—Una compañera de oficina, ya te lo he dicho.

—Pues no parecía una relación profesional cuando le cogías de la mano y acariciabas su cara; y no es la primera vez.

—Además de compañeros somos amigos y nos contamos las cosas. Nada más.

La niña desapareció de la escena, pero apareció de nuevo en una tercera ventana.

—Mamá y Papá no nos quieren, Pita —le decía a una muñeca de trapo, y Pita movía la cabeza de derecha a izquierda accionada por los dedos índices de las manos de la niña.

—Nos tendremos que ir de casa, Pita, y Pita movió la cabecita de arriba abajo.

Robert observaba las tres ventanas de enfrente del piso donde se encontraban y en un momento la niña desapareció. Robert respiraba con agitación mientras la buscaba. Asomó medio cuerpo para tratar de encontrarla. Desde esa posición la pudo ver que salía del portal con algo en sus manos, dobló la esquina y desapareció una vez más.

—Robert, ¿Qué te parece?

—¿eh?

—El precio, el piso, todo. ¿Qué te parece?, ¿Qué hacemos?

—Ah sí, ¿ya habéis hablado? ¿te gusta a ti, Mary?

—¡Despierta Robert! ¿En qué estás pensando?

—Genial, me gusta. Lo arreglamos y nos lo quedamos, pero espera. Tengo que bajar un momento a la calle ¿vale? Mary y el agente se quedaron callados mirándose entre ellos como preguntándose por la reacción de Robert.

Robert echó un último vistazo a la primera ventana. La pareja se había dado cuenta de la desaparición de la niña y la buscaban por el piso. Robert bajó todo lo rápido que pudo y cruzó la

calle sin mirar, de tal forma que casi le atropella un taxi amarillo que frenó in extremis. Dobló la esquina con esperanza de encontrar a una niña de unos cuatro o cinco años sola por las arterias de la ciudad a las dos y media en pleno bullicio de la ciudad. Y entonces la vio a lo lejos, la siguió tratando de apartar toda la gente que se encontraba a su paso a veces incluso a empujones, pero la perdió de vista. Oyó un frenazo de un coche y el ruido como de un golpe seco contra algo.

Los padres habían dejado de discutir hacía rato, no encontraron a la pequeña, pero sí oyeron el golpazo en la calle que cruzaba a la suya, y entonces se miraron. —¡La niña! —. Bajaron corriendo. Ni siquiera se preocuparon de coger un abrigo, y en el caso de la madre bajó incluso sin zapatos.

Mary escuchó también un tumulto en la calle. No estaba Robert y bajó corriendo dejando atrás al agente inmobiliario sin dar explicaciones. El tráfico estaba interrumpido, la gente se agolpaba en la esquina de la calle 34 con Malcom Avenue. Cruzó la calle y siguió a la multitud que se abrió al paso de un policía a caballo. Mary aprovechó el hueco para avanzar y encontró en el suelo una muñeca de trapo, pero no a su novio. La cogió y al levantar la cabeza se topó con una pareja que le arrebató a Pita. —¡Dios mío, la niña! —

Los tres corrieron hacia el lugar y en el camino encontraron a Robert en el suelo. —¡Robert, por Dios, qué susto me has dado!

—¿Y la niña? — contestó Robert.

—¿Qué niña?

Robert le señaló con un dedo a la aglomeración de gente y coches parados.

Los padres les adelantaron, apartaron a la gente y observaron que en el centro de la avenida había un perro atropellado. Al lado estaba la chiquilla llorando por el animal. La abrazaron con energía y alivio. Luego llegó Robert de la mano de Mary. No fue necesario explicar lo ocurrido. Volvieron al piso donde habían dejado al agente inmobiliario sin dar explicaciones. Todavía seguía allí esperándoles.

—Bueno, ¿se lo quedan? Y Robert contestó anteponiéndose a Mary:

—No gracias. Este barrio es muy propenso a emociones fuertes.

Partieron los tres del piso, dejando atrás dos ventanas abiertas y en el edificio de enfrente cuatro personajes al fondo de una ventana.

FIN

Jesus Camiruaga

10 febrero, 2026